



OFFICE OF THE BISHOP

1150 Buffalo Road
Rochester, New York 14624
(585) 328-3210

Agosto 2019

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Han pasado muchos años desde el decimoséptimo día de diciembre de 1971 cuando fui ordenado al sacerdocio en la Basílica de San Pedro. Mis padres y algunos familiares y amigos pudieron estar presentes. Fue un día sumamente alegre. En esa gran Basílica, durante la postración en que la Iglesia invocó la intercesión de Nuestro Señor y de todos los santos en nombre de los que debían ser ordenados, muchos pensamientos pasaron por mi mente: cómo serían mis años como sacerdote; cuáles serían las tareas que tendría; quién sería la gente con la que trabajaría; ¡Qué alegría extraordinaria sería celebrar la Santa Misa y los Sacramentos! En ese momento, nunca realmente contemplé ningún momento triste o angustioso en el futuro. Sin embargo, que estos momentos son una realidad de la vida, se hizo evidente cuando solo seis días después, el veintitrés de diciembre, recibí la noticia de que mi abuelo había muerto repentinamente de un ataque al corazón. Así que acompañé a mis padres a casa y mi primera misa pública como sacerdote en Rhode Island fue el funeral de mi abuelo. De hecho, la vida es los misterios del rosario: gozosos, tristes y gloriosos, todos vivieron en el abrazo de Jesús.

Ahora, casi cuarenta y ocho años después, he vivido mi sacerdocio en una sociedad en constante evolución que ha presentado situaciones y circunstancias que nunca contemplé ese día de diciembre. Muchos han sido alegres, pero muchos han sido tristes. Nunca pensé que sería el Obispo de una Diócesis que se enfrentaría al terrible escándalo del abuso sexual de menores por parte de los llamados a servir al Señor. Nada me hubiera preparado para dirigir a personas tristes terriblemente heridas por nuestros desafíos actuales o para consolar a las víctimas de abuso sexual mientras intentan reconstruir sus vidas. Si hubiera visto lo que me deparaba el futuro, ¿habría tenido el valor de decir “sí”? Ruego que la respuesta hubiera sido un fuerte “sí”, simplemente porque los pecados de la humanidad no son los pecados de Jesús y, a pesar de los tiempos extraordinariamente difíciles, Jesús debe continuar siendo llevado a Su pueblo en la Santa Misa, en la administración de los Sacramentos y en la predicación del Evangelio. Los que han herido a la Iglesia no pueden herir más al pueblo de Dios al privarlos de la presencia de Jesús.

Estoy escribiendo esta carta en la fiesta de Santo Tomás Apóstol, 3 de julio. Santo Tomás dudó que Jesús hubiera resucitado de la muerte y se hubiera aparecido a los Apóstoles en la primera noche del domingo de Pascua, cuando Tomás no estaba presente. Entonces Jesús se apareció nuevamente a los apóstoles cuando Tomás estaba entre ellos y Jesús le ordenó a Tomás poner sus manos en sus heridas. De este extraordinario encuentro, el gran testimonio de fe de Tomás: “¡Mi Señor y mi Dios!” (Juan 20:28).

El 14 de agosto, la Ley de Víctimas Infantiles promulgada en el estado de Nueva York abre un período de un año, permitiendo que las víctimas de abuso sexual como menor de edad se presenten para buscar compensación. Nuestra Diócesis tiene un récord constante de responder con seriedad para ofrecer asesoramiento espiritual y psicológico y

llegar a acuerdos cuando las víctimas han reclamado. He apreciado la oportunidad de reunirme con las víctimas para ofrecer mis disculpas personales por todo lo que han soportado, animarlas a continuar su relación con Nuestro Señor y, como lo animó San Pablo, a no permitir que ningún ser humano las separe del amor de Jesús. (Cf. Romanos 8: 38-39).

Si bien nuestros esfuerzos diocesanos continúan sanando, restaurando y alentando a todos los afectados por los actos dolorosos cometidos hace muchos años, no es posible especular sobre el impacto general que tendrá la Ley de Víctimas Infantiles sobre nuestra Diócesis. Nuestros protocolos de ambiente seguro han estado en vigor durante varios años, especialmente desde que la *Cédula para la Protección de Niños y Jóvenes* fue aprobada en 2002 por la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos. Con el fin de abordar el impacto financiero en nuestra Diócesis, estamos revisando todas las posibilidades que ciertamente incluyen un camino sensible y justo para todas las víctimas, mientras hacemos todo lo posible para asegurar que la misión de la Iglesia continúe en nuestra Diócesis, nuestras parroquias e instituciones. Además, se está revisando nuestra cobertura de seguro de responsabilidad civil. Nuestras parroquias están incorporadas como entidades separadas de la Diócesis bajo la Ley de Corporaciones Religiosas del Estado de Nueva York, y esa ley gobernará los bienes de la parroquia. Se está haciendo todo lo posible para asegurar la continuidad de la misión de la Iglesia y los ministerios caritativos en nuestra Diócesis, nuestras parroquias e instituciones religiosas.

A medida que se desarrollan los días, pido sus oraciones, especialmente porque se deben tomar muchas decisiones importantes. Estoy muy agradecido por los miembros del laicado que forman parte de nuestras juntas y comités consultivos y que brindan consejos sabios para abordar estos asuntos. También estoy muy agradecido de que continúen el camino de la fe en los momentos más difíciles y, como Nuestra Madre María, soporten las pruebas de las cruces actuales que le han sido otorgadas por otros que violaron la confianza sagrada que les habían dado. Es la fe suya, la fe de nuestros buenos sacerdotes quienes sirven diariamente en nuestras parroquias, la fe de nuestros laicos que continúan cruzando el umbral hacia nuestras iglesias para buscar la guía del Señor, la fe de las innumerables personas que oran diariamente por la Iglesia, la comunidad de fe, la fe de los muchos que continúan sirviendo a los pobres, los refugiados, los no deseados, los extranjeros, los que están al margen de la sociedad, sí, ustedes, el pueblo santo de Dios que continuará la obra del Señor. Juntos, enfrentaremos los desafíos que tenemos ante nosotros, siempre teniendo en cuenta las palabras de Jesús: “¡Sé que siempre estoy contigo!” (Mateo 28:20) y podremos responder con las palabras de Tomás: “¡Mi Señor y mi Dios!”

Invocando la intercesión de Nuestra Madre, María, y nuestro patrón diocesano San Juan Fisher, quedo

Devotamente suyo en Cristo,

+ *Salvatore R. Matano*

Reverendísimo Salvatore R. Matano
Obispo de Rochester